

Curvas.

por Sara Martínez Orío (Logroño)
[Obra finalista del concurso literario "Crónicas de la Torre",
organizado por la web LauraGallego.com en 2006]

Es invierno, bonito, y hace un frío que pela en esta maldita carretera semicongelada, pero aquí estoy yo como una idiota, lejos de mi Más Allá donde me siento caliente y segura, esperándote en camisita. Y todo porque tú no te empanas. Todavía me pregunto por qué diantres me he decidido a ayudarte. Igual es porque en el fondo me das lástima, o porque no quiero verte enseñando tus encantos por los parajes de los que pasaron a mejor vida, o simplemente porque las leyes de los muertos son muy tajantes respecto a este tema. A los espíritus de mi calaña nos enseñan a ser serviciales, a protegeros y ayudaros cual angelitos de la guarda, y nuestro derecho a la libertad de decisión les trae al fresco.

¡Ya era hora, chiquitín! Por ahí apareces comiéndote el asfalto, con tu reluciente y concienzudamente esmerilado modelito rojo de Mercedes Benz, un humilde regalito de papuchi en compensación por el duro trabajo que te permitió ganarte tus notuchas en la carrera de periodismo. Me pregunto si tu padre realmente te conoce, o si todavía ve en ti a un cándido querubín de ricitos dorados que no rompería un plato ni iría a más de noventa. Si realmente te conoce, algo me dice que te quiere entre los míos.

Y aquí estás, deteniéndote en el arcén para recoger a la pobre viajera desvalida, sin pararte a plantearte que ninguna señorita con un par de dedos de frente haría autoestop en enero, paseándose en blusa y minifalda por un puerto montañoso perdido en la nada. Me miras de arriba abajo y sé lo que estás pensando: ¿qué conductor afortunado con cuatro neuronas en el cerebro rechazaría acoger en su asiento a una desconocida de tan buen ver? Si hubiese sido un banquero, de esos de calva lironda y bigote de morsa ártica, qué diferente hubiera sido tu reacción...

Pero sea como sea, ya estoy contigo, amigo, sentada con aire aburrido en el asiento del copiloto. Tu mirada, en vez de en las líneas blancas pintadas en la brea helada, se pierde en mi amplio escote con un descaro insultante, y a mí me da por reír. Crees que estoy buena, ¿no es cierto? También tú a mí me pareces guapo, ¿sabes? Tienes unos ojitos de cielo que ya los quisiera para mí en una de esas frías noches que ando sola en mi pisito de ultratumba, pero no sé, no me malinterpretes... Hay algo que no me gusta. A lo mejor es el exceso de gomina y el polito de Lacoste...

-Cuidado ahora, nene- te digo mientras me atuso el cabello con una sonrisa burlesca-. No es por parecer estrecha, pero más me preocuparía yo en mirar a la curva de enfrente. Una vez vine por aquí, con un noviecito nuevo y un coche del que fardar. No es que guarde un recuerdo precioso de aquella noche... Es que era tonta: me quedé sin novio y sin coche, y eso es lo que hay.

Asustado, preguntándote quizá si te estoy tomando el pelo, decides hacerme caso y pones tu poca prudencia en marcha. Le cuesta arrancar más de la cuenta, porque anda algo entumecida de tanto mandarla a echar siestas para que no te dé tanto la lata en tus noches de jolgorio. Derrapas igual que el bólido de un conductor de fórmula uno y maldices en hebreo a la suspensión de marras, pero quiere un milagro de santo que no te la pegues aún. Has tenido suerte... esta vez.

Y a mí me toca largarme. Me esfumo como se esfuma la niebla con el sol matinal, algo que siempre se me dio bien en mis tratos con pijoteros pesados, y regreso a mi habitación allá por el País de los Caídos. Un difunto galán de Hollywood me aguarda con champagne de lujo, y me pregunta, caballeroso, qué tal me ha ido el trabajo.

Me gustaría saber qué estarás pensando en estos momentos. Si hay en tu cabecita más inteligencia de la que aparentas, quizás empieces a prestar más atención a las curvas de duro asfalto ennegrecido y traicionero, y menos a las nacaradas curvas deliciosas de la mujer de al lado. Sólo espero que ahora no te enamores de mí como un imbécil, porque no pienso regresar.

Si eres tonto de capirote, cosa que no me atrevería a negar, te limitarás a jurar en malos términos contra todo lo que se te ponga delante...

... porque creías, pequeño inocente, que me tenías en el bote.